

La trompa de oro

Estel



Image not found.

Capítulo 1

La trompa de oro

Esta historia comienza con las correrías de un hombre muy famoso, llamado Lefu: era un orgulloso hombre blanco de principios del siglo xx, o finales del xix; de madre inglesa y padre holandés, o sea, todo un hijo de bóers, que con el tiempo desarrolló una gran afición por las eternas regiones salvajes de su recién conquistado continente, y una aversión proporcional a las tribus khoikhoi, y todos los nativos cuyo nombre empezara con kho-.

Era un incansable cazador, que gustaba de fumar tabaco, vender marfil y leer la biblia, y aunque con sus ganancias bien podía comprarse palacios en algún sitio a rebosar de esclavos malayos y mujeres neelandesas, prefería vivir en una modesta mansión no muy lejos de una casa de citas, con sirvientes mestizos quienes le colgaban sus enormes trofeos en el salón contiguo al comedor musitando fragmentos de los salmos. Cuando estaba de viaje, disponiéndose a disparar aves exóticas, guepardos o elefantes, pasaba siempre con sus compañeros por una humilde aldea de nombre Kijiji, nombre que, al menos hasta hoy, le obligaba a hacerle eco, presa de gran hilaridad.

Fue en uno de estos viajes que Lefu escuchó por primera vez la leyenda del elefante dorado: se trataba por supuesto del folklor local, pero la exactitud de las señas que conducían al mítico animal de oro macizo, y su correspondencia con unos áridos parajes que hacía más de diez años había intentado cruzar sin éxito, lo convencieron de que había algo real tras esas paparruchas.

Sin más, y ya que imaginar semejante trofeo en los muros de su casa le hacía gran ilusión, Lefu despidió a sus compañeros arguyendo tener jaqueca, se escondió en un callejón hasta su marcha, dispuso provisiones bastantes, y se puso en camino a donde los dedos índices de kijijanos y recuerdos apuntaban.

Al cabo de ocho días, el afamado cazador se halló lejos de la civilización, y en terrenos impíos de Ambapo Tembo Dababu Ni, que era el lugar donde todo animal que no tuviera cuatro patas se perdía irremediabilmente en el olvido. Pero Lefu no le tenía miedo a nada, porque hacía mucho que su nodriza estaba muerta, y continuó buscando, en plena sabana, el resplandor amarillo del que hablaban los cuentos. Atravesó lechos de ríos y avestruces por igual, y con gran suficiencia se topó una tarde con tres paquidermos, que, inmóviles y de espaldas a él, daban la impresión de ofrecerle los cuartos traseros sin tener otra cosa en qué perder su tiempo.

Y, ya que ante la vista de una bestia Lefu no era capaz de resistirse, se llevó el arma a las manos, y apuntó.

--- ¡No lo haga!--- imploró una voz.

Lefu se volvió para encontrar a su dueña, alta y corpulenta, que lo miraba desde atrás.

--- ¡Oh...!--- fue lo único que pudo decir, pues no le cabía duda de que había sido la elefanta quien había hablado.

--- Mis sobrinos tienen síndrome de McElephant. No pueden ver a nadie de frente.

Pero el hombre no escuchó la explicación; tan sólo miraba, arrobado, la verdad en que se había convertido la leyenda.

--- ¿Es usted el elefante dorado?--- inquirió al recuperar el habla. Se sentía un tanto desinflado.

--- ¿El elefante dorado? ¿Qué tontería es esa del *elefante dorado*? ¿De qué habla?

O el aldeano era un farsante, o la exactitud del mito se había minado con los años, porque además del desconcertante cambio de sexo del animal, lo único dorado que Lefu pudo ver era la trompa, larga y musculosa, embutida cuan prótesis de primera calidad en una cabeza de elefante común y corriente.

--- Pues que he venido por el elefante dorado, y me he hallado con usted. Ahora haga el favor de quedarse quieta, mientras hago los preparativos necesarios.

Y, olvidándose de los sobrinos con McElephant, se giró por completo, apuntándole a su interlocutora con el arma. Esta agitó las orejas, y saltó:

--- ¡Espera! Si nos dejas vivir, te diré dónde hay agua. Conozco todos los ríos que corren cerca. No los he olvidado.

El cazador le respondió:

--- Eso no sirve--- y guiñó el ojo para enfocar mejor.

--- Te daré un baño de lodo--- regateó la elefanta. Lefu negó con la cabeza.--- ¡Una berenjena! ¡Uno de mis colmillos!

--- Tú no tienes colmillos--- le dijo el cazador---... en cualquier caso

tendría que matarte.

--- Bueno--- se rindió la elefanta---: dime qué es lo que quieres.

--- Quiero tu trompa de oro--- dijo él. La elefanta suspiró, y se quitó la trompa.

Lefu, que no cabía en sí de contento, soltó el arma y giró sobre sí mismo, besando su trofeo y gritando "¡soy rico!", pero antes que pudiera alejarse, la voz de la elefanta lo detuvo.

--- Necesito una nariz para vivir--- manifestó, lágrimas de cocodrilo, o mejor dicho, de elefante, inundando sus ojotes negros---... te di mi trompa, por lo que ya no necesitas la tuya.

El cazador, desdeñoso, se detuvo y, mirando el agujero donde la pobre había llevado la trompa, decidió complacerla. Se desatornilló el tabique, y, tomándola de las fosas, le entregó su aguileña nariz a la parlante paquiderma. Luego, abandonó Ambapo Tembo Dababu Ni, y se internó de vuelta en la sabana.

Pero la historia no termina aquí: Lefu no conocía el lugar tan bien como pensaba, y a unos días de camino, llevando su valiosa carga a cuestas, fue atacado por una banda de khoas-khoas, sanguinarios indígenas cuya pasión son las cabezas reducidas; y se vio obligado a luchar con ellos después de sacar su machete y embonarse la trompa de oro en el agujero de su rostro, porque de ningún modo estaba dispuesto a separarse de ella. Los indígenas, como cualquiera en su lugar, odiaban a los hombres blancos, pero ya hemos dicho que el sentimiento era mutuo, y Lefu, más que ningún otro hombre blanco, odiaba a todos los salvajes cuyo nombre empezara con kho-. Así que, usándose de las artes marciales que había aprendido de un pirata mongol, terminó con todos sus contrarios sin un rasguño. Rápidamente, pues el sol estaba de mal humor, cubrió la distancia que lo separaba de las aldeas civilizadas, eso sí, con su arma entre las manos, y cuando llegó a reconocer el paisaje, ya no deseaba otra cosa que recostarse, porque era de noche, llovía, y tenía las botas llenas de tierra.

Se retiró el sombrero, se colgó la escopeta, se quitó el delineador negro para protegerse las retinas (no quería dar una impresión equivocada), y, listo para entrar a la calle principal, se quitó la trompa. Se quitó la trompa. Se quitó la trompa... o al menos lo intentó. El pobre cazador comenzó a forcejear, oculto tras unos matorrales; se tiraba de las doradas napias, batiendo y sacudiéndolas hasta sacarles extraños ruidos, y desesperaba mientras que su reloj de pulsera marcaba las diez, las once, las doce... finalmente, agotado y sin fuerzas, tuvo que limitarse a lloriquear, pues le fue claro que aquel día le valía más darse por vencido que continuar aporreándose el cuerpo con los bruscos movimientos que

realizaba con su elongado trofeo, y así fue como, emitiendo un *bu-hu-huu*, en lugar de un *ki, ji, ji* al leer el letrero que indicaba la cercanía de aquel poblado, Lefu se dirigió, cabizbajo (estaba triste, sí, pero la trompa era bastante pesada de por sí), a donde iba a comenzar su infierno.

Sus sirvientes salieron despavoridos al verlo. Pensaron que se trataba del demonio, y dejaron a Lefu encerrado en el baño hasta que amaneció. Entonces, viéndose en el espejo, se dio cuenta de la grotesquidad que ofrecía su imagen, pero no fue hasta que escapó, derribando la puerta, que su desgracia cayó de lleno sobre él: a donde iba, tambaleándose bajo su peso, gritaban las personas: "¡El cocooo!", y huían en desbandada. Pero poco después, comenzaron a acostumbrarse a su presencia: nadie recordaba ya a Lefu, el exterminador de fieras, y en su lugar el "hombre elefante" recibía risotadas y bromas, especialmente de los niños, que se acercaban a zarandearle la trompa cuando menos se lo esperaba. Luego, cuando a causa de su noche bajo la lluvia se vio afectado por un serio catarro, tuvo grandes dificultades para llevarse el pañuelo a la nariz, y estornudaba de manera estrepitosa, despidiendo por los aires a los incautos que se le atravesaban, y dejando un rastro mucoso en su camino digno de una babosa gigante. Salía de su mansión vestido con una gabardina y un sombrero de ala ancha; muerto de vergüenza, y harto de tropezarse todo el tiempo, optó por enrollarse la deslumbrante proboscis a modo de boa, alrededor del cuello, lo cual, doloroso y molesto como era, funcionó mientras no se le acercaron mucho. Pero, siempre que alcanzaba la plaza principal, una fuerza inexplicable lo arrastraba afligido dentro de la fuente, y le hacía meter trompa en el agua, para con ella darse un duchazo que empeoraba su ya de por sí malhadada condición.

Decidido a terminar con esa pesadilla, buscó la ayuda de un curandero, que, conteniendo la risa al escuchar el timbre nasal con el cual hipaba y suplicaba, le recetó preparaciones de maní, y muchas mascarillas, ni qué decir, inefectivas. Para colmo de males, la dama de quien solía recibir periódicas visitas experimentó un cambio de sentimientos al contemplar el nuevo *countenance* de Lefu, quien no tuvo otra alternativa que acudir al servicio de las mujeres públicas. Estas, no del todo repelidas por la áurea calidad de su cara, le sonrieron cínicamente, aunque al cabo de un rato, tan peculiar extremidad se tornó un perjuicio para cierto apéndice que a escala natural, apareció ridículo, y terminó causando su expulsión de la casa de citas, porque las bordionas se reían tanto que incomodaban al resto de los clientes.

Deprimido, echó trompa de la botella, y empinaba el codo de tal forma, que al término de un mes agotó las ganancias que había amasado con su último safari. En alcohol y doctores acabó el desdichado con todo su dinero, pues los tratamientos para el asma no eran baratos en aquel tiempo, y la longitud de la trompa de oro le causaba problemas bronquiales; y ya en bancarrota, y sin familia o amigos a quienes acudir,

se le ocurrió a Lefu sacar provecho de su desventura.

Salió a las calles y, sin tener que vocear, pues la trompa era perifón suficiente, comenzó a pararse de trompa y a imitar a Louis Armstrong, y la gente iba y venía, arrojándole monedas en el sombrero de ala ancha. Día a día, tenía Lefu que subirse a las escalinatas de la iglesia, entreteniendo a los transeúntes, para ganarse el pan. Un día llegó un sujeto pintado de blanco, que le ofreció un puesto de honor en su riquísima compañía cirquera. Lefu lo rechazó, pues siempre le habían parecido ridículas las ropas con que se presentaban quienes trabajaban en el circo.

--- El exterminador de fieras--- replicó el hombre elefante---no será un payaso de carpa.

Y continuó como payaso callejero, hasta el día en que, bañado en puré de tomate y omelets, se dijo "iya basta!", y resolvió buscar a la elefanta que le había dado su trompa en Ambapo Tembo etc., etc.

Partió al siguiente día. Conocía todas las rutas de elefantes, y así buscó y buscó, aterrorizando a bosquimanos y masái por igual, y huyendo de sus hermanos los cazadores, que se habían vuelto sordos a sus elefantunos bramidos.

Se encontró a la paquiderma en medio de la nada. Tomaba el té con una papiona distinguida, ante un tronco cortado a guisa de mesilla, y con tazas de barro de la más fina calidad. Un jirafa abanicaba el aire sobre ellas con una hoja de plátano, y un hipopótamo tocaba los bongos, encargándose del fondo musical. Los tres sobrinos enfermos veían la vida pasar, dando al mundo los cuartos traseros.

Aquí se detuvo Lefu, entre aliviado y resentido, y al acercarse a la escena se sintió tan enojado que de un trompazo barrió el apetitoso contenido de la mesa, e hizo que la delicada vajilla y el delicioso croissant de pasto de la elefanta cayeran al suelo partiéndose en pedazos. La papiona dio un salto, mostró los dientes y se alejó chillando, perdiendo su tocado de pavorreal en el proceso, y así que la elefanta miraba hacia abajo, sorprendida por semejante grosería, Lefu daba alaridos:

--- ¡Quiero mi nariz, quiero mi nariz!

Sólo después de que el concernido hipopótamo le dejara caer un bongo en la cabeza, logró nuestro héroe recuperar la calma, aunque entonces fue necesario tomar medidas para reanimarlo.

El hombre despertó, resollando, y se encontró con un grupo de animales cernidos sobre él. Se levantó hasta quedar sentado, observando con el ceño fruncido la nariz humana que adornaba el rostro gris y arrugado de

la elefanta.

--- Señoras y señores---dijo el doctor, un rinoceronte blanco, empañándose el monóculo con sus resoplidos---: éste pelícano no está muerto.

--- Así que me encontraste--- comentó la elefanta, sonriendo de orejota a orejota. Lefu asintió con la cabeza, azotando sin querer su trompa contra la parte frontal de su cuerpo. Lo ayudó a levantarse de su sitio, y el grupillo de animales rompió filas.

---Señorita elefanta...--- comenzó Lefu, pero ella lo interrumpió:

--- Es señora. Me casé con el elefante de mis sueños poco después de conocerte. Debo agradecértelo; esta nariz me ayudó mucho. Todos dicen que es perfecta para una dama distinguida. Ahora, Elefantín y yo tenemos muchos hijitos, parecidos a nosotros.

En esto, y antes que Lefu pudiera contestar, se acercó una criatura de apenas unos meses, soplando insonoramente por una nariz respingada de notable color rosa.

--- Este es mi hijo menor--- dijo la elefanta---... no pudimos conseguirle una nariz de su tamaño, pero estoy segura que al crecer le quedará perfectamente.

Debes saber, mi querido cazador, que las trompas han pasado de moda en nuestra manada. Las narices humanas se han vuelto el artículo imprescindible del catálogo de temporada. Todo se debe a ti: las chicas envidiaban mi nariz nueva a tal grado que, decidimos hacer intercambios por todo el lugar, ¡y han sido un éxito!

--- Pero yo...--- comenzó Lefu, sin que ella lo escuchara.

--- Gracias a ellas podemos tomar el té sin hacernos nudos, y a cambio de estas y otras comodidades, les damos la oportunidad a otros de dedicarse a distintos oficios.

--- ¿Oficios?

--- Por ejemplo--- explicó señora elefanta---, llegó un tipo que quería ser bombero. A cambio de una nariz recta, Elefantín le permitió rescatar múltiples gatos y apagar incendios, y recién nos enteramos de que empezó su propia compañía de rescatistas.--- le mostró a Lefu una postal, en la cual aparecía un hombre moreno y nervudo, expulsando espuma extintora a presión por la trompa, con una gran sonrisa en los labios.--- En otra ocasión, un hombre que era demasiado bajito para ser deportista, pudo salir airoso con su trompa en el mundo del basketball, y también

tratamos con uno que quería ser levantador de pesas... bibliotecarios, bohemios, trompetistas y demás, han venido a nuestro hogar buscando hacer negocio.

Lefu rechinaba los dientes. La elefanta, malinterpretando su reacción, creyó apropiado recalcar el progreso que había resultado de su acuerdo, y dijo, la mar de contenta:

--- Quiero darte las gracias, en fin, porque de no haberme buscado, mi familia y yo no habríamos estado nunca tan a gusto, y no habríamos reparado en las facilidades que tiene una nariz, que es muy práctica, atractiva y de bolsillo.

--- ¡Pero tu trompa es inútil--- rugió Lefu, encolerizado---, por eso regresé: necesito mi nariz de regreso!

La elefanta meneó la cabeza.

--- No hay reembolsos, cambios ni devoluciones.

--- ¡Pero estoy en la quiebra!--- insistió el cazador--- ¡Tuve que empeñar esta maldita trompa y bailar el chocobo para comprar papel de baño! ¡Y ni siquiera puedo quitármela!...

--- Eso era parte del contrato.--- dijo la insensible, y aquí Lefu acabó de perder la poca cordura que le quedaba: se caló el gorro de explorador hasta las cejas, y, barritando de ira, sacó su escopeta rusa calibre 20, 000, doble cañón, y abrió el depósito atropelladamente, para meter el cartucho con manos temblorosas, volverlo a cerrar y apretar el gatillo. Apretar el gatillo. Apretar el gatillo... La elefanta lo miró como si estuviera loco, que de hecho lo estaba, y, con la prudencia propia de su especie, se alejó con su pequeño, que gritó un: "¡Adiós, señor cazador!" volviendo la naricita respingona hacia el cielo. Lefu se quedó jurando, pues la trompa se le había atorado en la escopeta, y observó con los ojos dándole vueltas cómo la manada entera lo dejaba a su suerte, en medio del árido paisaje.

Así lo sorprendió la noche, y así lo vio el club de los leones relamones, sollozando de pie con un tubo de acero colgándole al extremo de un largo, reluciente y musculoso hocico, y pensaron, agitando colas y melenas, a coro con sus rivales las hienas:

"Qué apetitoso elefantito..."